

VI

Porque Ella para tí fue todo, fuente
de tu ilusión, y meta de tu anhelo,
porque encendió con desvelado celo
fuego en tu corazón, luz en tu mente;
hoy, que roto el idilio de repente,
su alma—la tuya—te reclama el cielo,
no te queda, maestro, más consuelo
que el de llorarla inconsolablemente.
Vive de su recuerdo y de tu llanto,
y al golpe del dolor destila apenas,
árbol herido, el zumo de tu canto,
que al transformar en cántigas tus penas,
sentirás que te pesan menos, tanto
cuanto pesa una carga de azucenas.

JUAN LOZANO Y LOZANO

Roma, diciembre 5 de 1927.

SAN AGUSTIN**Su vida y su labor**

(Continuación)

Nada más falso que la idea que generalmente se tiene de los santos. Se les cree hombres distintos del resto de la humanidad; no sujetos a faltas y debilidades; seres que viven, piensan, hablan, de un modo distinto del nuestro; y, por consiguiente, imposibles de imitar. Y esta idea es completamente inexacta. Un santo es un hombre como nosotros, pero mucho mejor que todos nosotros; un hombre dotado de un carácter, defectuoso quizá, pero que

aprende a dominar; un hombre sujeto a las pequeñas faltas cotidianas, pero que hace sin cesar esfuerzos por desarraigarlas, y que compensa con sus buenas obras sus debilidades e imperfecciones. Nadie hay en su trato más parecido al común de los hombres que un santo; porque nadie está más lejos del orgullo que nos impulsa a singularizarnos; nadie más lejos de las extravagancias y defectos que son lo que más llama la atención de las gentes. Los santos, iguales todos en su amor a Dios, conservan sus diversos y aun opuestos caracteres. El amor ardoroso de san Pedro a Jesucristo contrasta con la suave llama que ardía en el corazón del discípulo amado; el celo impetuoso de san Jerónimo en nada se asemeja a la dulce amabilidad de san Agustín; la tranquila existencia de santo Tomás de Aquino difiere en todo de la agitada carrera de san Ignacio de Loyola. Los santos con la cruz a cuestas han seguido diversos caminos que han ido a dar todos, como los radios de un círculo, a Jesucristo, al cielo.

Probaremos dar a conocer a san Agustín en la segunda época de su vida: ya vimos al libertino; trabemos ahora amistad con el santo. Apenas pasó la ceremonia del bautismo, partió para Africa en compañía de su madre, de Adeodato, Alipio y otros amigos. Quería consagrar a la más amarga penitencia el resto de sus días, quería sepultar en un desierto de su país natal la fama que lo acompañaba en todas partes. Pero al llegar a Ostia, Mónica enfermó de muerte. El gozo que le causó ver a su hijo, no sólo convertido sino santo, fue superior a su naturaleza; y lo que no habían podido treinta años de dolor y de lágrimas, lo pudieron unos instantes de alegría. Expiró entre los brazos de su hijo, y se fue a presenciar desde el cielo la vida del más ilustre defensor de la Iglesia, defensor que ella con sus lágrimas había formado.

En un museo de Italia se conserva entre preciosas vi-

drieras el cincel con que Miguel Angel labró su incomparable Moisés; los viajeros se detienen extasiados a contemplar aquel tosco trozo de acero. Prescindamos de las virtudes heroicas de Mónica, y considerémosla solamente como el instrumento de que se valió Dios para enriquecer al mundo con san Agustín: ese solo título debe hacerla acreedora al respeto, a la veneración, al cariño de todos los cristianos.

Lloró Agustín a Mónica como ningún hijo ha sentido a su madre. Las *Confesiones* traen con este motivo páginas que no pueden leerse sin derramar lágrimas. El viaje a Africa se dilató un año entero, porque el hijo huérfano no acertaba a separarse del sepulcro de su madre. Sin embargo, fue preciso partir. Agustín con la muerte de Mónica y la de Adeodato, acaecida meses después, había roto los últimos lazos que lo unían a la tierra. Al llegar a Africa, se estableció con sus amigos cerca a la ciudad de Tagaste, a hacer juntos vida de oración y penitencia. Vistiéronse los nuevos solitarios una túnica negra ajustada a la cintura con una correa de cuero, se afeitaron la cabeza, conservando al rededor de ella una angosta corona de pelo, al uso de los monjes de Oriente, y empezaron su nueva vida, siguiendo un reglamento que les había dado Agustín. Este santo allí ni escribía, ni trataba con nadie; su único pensamiento eran Dios y sus culpas: Dios para amarlo: sus pecados para expiarlos con la penitencia. Evitaba ir a las ciudades, sobre todo a aquellas en que no había obispos o sacerdotes, porque su fama se extendía diariamente, y temía que le sucediese lo que a san Ambrosio, que fue consagrado obispo a pesar suyo. Aunque san Agustín no tuviera el glorioso título de doctor, le bastaría haber fundado su orden para ser uno de los mayores santos de la Iglesia.

Es notable la manera como en los primeros siglos eran algunas veces nombrados y ordenados los obispos y

sacerdotes. El pueblo se levantaba en el templo, y se apoderaba de algún varón célebre por su virtud, y por fuerza lo conducía al altar, donde, no obstante sus lágrimas y ruegos, era ordenado por el obispo asistente. Esto, que había sucedido con san Ambrosio y san Gregorio, acaeció también con san Agustín. Se hallaba en Hipona, a donde lo había llevado un asunto de su comunidad, y estaba oyendo misa en la iglesia, cuando el obispo subió a la cátedra y empezó a quejarse del excesivo trabajo, manifestando de cuánto auxilio le sería un sacerdote ilustrado que le ayudara en el ministerio de la predicación. Todo el concurso volvió los ojos a Agustín, y se dirigió a él en tropel. Condujéronle al presbiterio, y allí el obispo le intimó que iba a ordenarlo inmediatamente presbítero. Se verificó la ceremonia en medio de los sollozos de Agustín que temblaba al recordar sus pasadas culpas. Algunos, atribuyendo las lágrimas del sacerdote a una causa contraria, se acercaban a decirle al oído que se consolara pensando que si bien el presbiterado no era una dignidad proporcionada a su mérito, le serviría de puerta para llegar a más altos empleos.

Como fue ordenado sacerdote, fue más tarde consagrado obispo auxiliar de Hipona, sede que empezó a regir a los pocos meses, por muerte del anciano prelado. Y aquí es donde debe considerarse a Agustín para verlo en todo el esplendor de sus virtudes.

Sabido es que el amor de Dios y del prójimo son toda la moral cristiana. Pues bien, nos dice Bougaud, es preciso remontarse hasta san Pablo para encontrar un amor de Dios tan ardiente como el de san Agustín; y hay que descender hasta san Francisco de Sales para hallar una dulzura con el prójimo como la de nuestro santo. Los pintores lo representan con el corazón ardiendo en llamas en la mano, y con razón, pues no hay una página de sus obras que no respire amor a Jesucristo. Frecuentemente,

al volver de sus numerosas ocupaciones, se sentaba, en una silla, y allí permanecía largas horas con las manos cruzadas sobre el pecho, y los ojos entrecerrados, contemplando, adorando, pidiendo. De allí se levantaba inspirado por el amor a escribir esas páginas de oro que leemos en su tratado de la *Trinidad* o en la *Ciudad de Dios*. Dícese que un día, en un éxtasis, le preguntó el Señor, como en otro tiempo a Pedro: “¿Agustín, me amas?”—“Señor, repuso el santo, tú sabes que te amo.”—“¿Y qué tan grande es tu amor?”—“Tan grande, Señor, que si yo fuera Dios y tú fueras Agustín, querría ser Agustín para que tú fueras Dios.” El hermoso soneto castellano atribuido a santa Teresa y que comienza: “No me mueve mi Dios,” no es otra cosa que traducción de una de las páginas que inspiró al santo obispo de Hipona su ardiente amor a Jesucristo.

Su amor al prójimo, dice un biógrafo suyo, no era amor de padre, sino de madre. «Yo no quiero salvarme sin vosotros, decía a su pueblo; nó, Dios mío, yo no quiero salvarme sin mi rebaño. ¡Ojalá que ocupando uno de los últimos puestos en el cielo, me vea yo allí rodeado de mis hijos! ¿Y cuáles son mis deseos? Para qué hablo? ¿Para qué soy obispo? ¿Y para qué estoy en el mundo sino para vivir en Jesucristo, y vivir después con vosotros en la gloria? Este es mi anhelo, mi honor, mi gloria, mi tesoro.» Frecuentemente tenía, en su calidad de obispo, que reprender, pero entonces lo hacía de un modo tal, que la persona reprendida salía más gozosa que si acabara de recibir un elogio. «A veces, decía el santo, la gallina cuando atraviesa senderos estrechos, pisa a sus polluelos; pero nunca con todo el peso de su cuerpo, y después los calienta bajo su alas, y no deja de ser su madre».

Todas sus rentas episcopales iban a pasar a manos de los necesitados; y a la hora de su muerte testó a favor de los pobres todo su haber que consistía en unas pocas mo-

nedas de cobre. Odiaba la murmuración, y evitaba que los demás incurrieran en ella; un dístico latino escrito con grandes caracteres en la pared de su habitación, amonestaba a los visitantes a que se abstuvieran de tocar siquiera la reputación del prójimo, delante del obispo de la caridad.

Pero no eran los católicos, sus hijos, el primer objeto de su ardiente amor, eran los herejes, esos herejes a quienes combatía y destrozaba en sus obras inmortales. No se encuentra en todos los libros de san Agustín una palabra personalmente ofensiva a algún adversario. Su propia experiencia le había enseñado a ser compasivo con las debilidades y los errores humanos. Casi al fin de su vida, después de haber combatido por cuarenta años con sus escritos a los donatistas, concibió el proyecto de traerlos en masa al seno de la Iglesia. Convocó para ello una reunión general de todos los obispos de Africa, así católicos como herejes, haciendo de antemano prometer a los primeros que renunciarían todas sus sedes si preciso era para la reconciliación. Cuatrocientos prelados concurrieron a la reunión, y en ella Agustín, agotando los esfuerzos de su elocuencia y de su bondad, convenció a los herejes, los hizo pedir perdón a la Iglesia y le restituyó al Africa la deseada unidad de creencias. «No es necesario, decía a sus compañeros, que seamos obispos, pero sí es necesario que volvamos al redil de Jesucristo a nuestros hermanos extraviados».

El conocimiento que adquirió de Dios, hizo adelantar inmensamente a Agustín en el de sí mismo, y llegó, por lo tanto, a ser el más humilde de los hombres. «Dejad, decía al mundo entero que lo veneraba, dejad esos honores para los buenos obispos, y no se los tributéis a Agustín, que después de haber sido un gran pecador, está blanco de canas y con un pie en el sepulcro.» En su mesa, tan frugal como la de un anacoreta, jamás figuraban la carne ni

el vino, salvo en el caso en que los deberes de la hospitalidad lo obligaran a otra cosa; y aun entonces servía de esos manjares a su huésped, sin llevarlos él mismo a los labios. «Vosotros, decía a sus convidados, podéis comer de todas esas cosas, porque no habéis pecado como yo.» Su vestido era muy sencillo y desprovisto de los costosos bordados que entonces se usaban, y, sin embargo, en sus últimos años, una vez por caridad lo llevó lujosísimo. Es el caso que una doncella de Hipona bordó una túnica de colores para regalársela a un hermano suyo; pero la muerte del joven dejó el hermoso vestido sin destino. La afligida doncella corrió a la casa episcopal en busca de consuelos, y rogó al santo anciano que aceptara en vez de su hermano la túnica bordada. Se la recibió san Agustín por pura condescendencia, y la usó desde entonces hasta el fin de su vida.

La muerte de san Agustín es digna de su vida, de su genio, de su gran corazón. Tenía el santo obispo setenta y siete años de edad, cuando la irrupción de los bárbaros que hacía tiempo venía invadiendo lenta aunque irresistiblemente la Europa, se extendió por el Africa. El amor divino de Agustín no podía resistir a la vista de los templos incendiados, de los sacerdotes degollados, de las vírgenes del Señor profanadas, y muertas delante de los mismos altares; su amor al prójimo no podía sufrir la vista de las desgracias que la invasión llevaba consigo; su amor a la civilización, a las ciencias, a la verdad, padeció un golpe mortal al ver el edificio levantado por diez siglos de grandeza, caer al golpe del hacha demoledora de los anglos y teutones.

En el momento en que los bárbaros le ponían sitio a Hipona, donde se habían refugiado casi todos los obispos de los alrededores, Agustín, sucumbiendo al dolor que lo rendía, enfermó mortalmente. Su ocupación en los últimos días de su vida fue el recuerdo de sus pasados extra-

vios. Hizo escribir en un pedazo de tela, que colocó en frente de su modesto lecho, los salmos penitenciales, y rogó a su clero que lo dejara solo, salvo al llegar el confesor y el médico, hasta el instante de su muerte. Diez días pasó a solas con Dios, pidiéndole perdón de las faltas de su juventud, y preparándose a entrar a aquella ciudad de Dios que había entrevisto y descrito como ninguna otra pluma humana lo ha hecho.

Al saber la noticia de la enfermedad de Agustín la ciudad entera se agolpó a la casa del enfermo. Un padre de familia, llevando un hijo suyo moribundo en los brazos, se hizo introducir al aposento del santo obispo, y le rogó llorando que le volviera la vida al pobre niño. «Si yo tuviera el poder de curar, le contestó Agustín, con su dulce sonrisa, habría empezado por sanarme a mí mismo.» Sin embargo, puso la mano sobre la cabeza del niño y le devolvió la salud después de hacer una breve oración.

Al llegar la hora final del santo doctor, todos los obispos fueron admitidos a su aposento y rodearon su lecho. En medio de las oraciones de los circunstantes y en los brazos de Alipio, expiró Agustín, el 28 de agosto del año 430. * Hipona, el Africa, la Iglesia católica entera se conternó profundamente al saber la muerte del más grande de sus hijos, y, desde el primer momento, el unánime consentimiento de toda la cristiandad le dio el título de santo, y lo puso sobre los altares de la Iglesia. Quince siglos han pasado, y el nombre de la fama de Agustín vive hoy en los corazones como vivía entonces.

* Su cuerpo está en la catedral de Pavía, en Italia.

II

SU LABOR

Sabido es de todos que los escritores más fecundos no son por lo general los más sólidos ni los más atildados. No hay nadie que no haya oído hablar del Tostado, pero contados serán los que siquiera le hayan ojeado las obras. Lo verdaderamente inmortal de Lope de Vega cabe en un tomo de medianas dimensiones. Si a Voltaire se le quita su triste fama de blasfemo, poco le queda con que pase a las edades venideras. Del autor de *Ruinas de Itálica* no se conocen sino dos composiciones en verso; y del que escribió la *Epístola Moral*, no han quedado otras obras que sepamos. Y eso tiene su razón de ser: los grandes trabajos que resisten al tiempo y sobreviven a todas las ruinas, no se hacen en un día ni en un año; y quien mucho escribe mucho yerra y mucho tiene que dejar incompleto.

San Agustín es una de las excepciones de esta regla. Escribió más de mil tratados diversos en los años que mediaron entre su conversión y su muerte; sus obras impresas forman diez abultados volúmenes en folio; y en todas ellas no hay una que no debe calificarse de maestra; ni habrá página donde el lector no encuentre o algún pensamiento sublime, o algún encendido afecto hacia Dios, o alguna provechosa enseñanza. Y no son los libros de san Agustín compendios baladíes: sino exposición de cuantos problemas son asunto de las ciencias filosóficas y teológicas, tratados con tal profundidad y calor, con estilo tan encendido y chispeante, que el lector va de sorpresa en sorpresa. Quisiera detenerse en cada pensamiento para estudiarlo, pero la rapidez del estilo lo hace seguir en busca de otro y otro. Todo aquello acaba por confundirse en la mente, donde no queda sino una impresión no sabemos si grata o penosa. Eso sentirá quien visita por primera vez

el museo del Vaticano, o quien entra rápidamente a las catedrales de Milán o de Sevilla. Es preciso volver segunda y tercera vez, hasta que la imaginación, a fuerza de tener delante unas mismas cosas, se aquieta, y da licencia al entendimiento para ir conociendo maravilla tras de maravilla, y a la voluntad para ir las disfrutando. Dios quiso que san Agustín viniera al mundo en el siglo de las herejías para que, al refutarlas, no hubiera asunto que no tratara, doctrina que no enseñase, oscuridad que no disipase, error que no venciera.

Es cierto que sus obras no forman un todo completo en que se desarrollen las doctrinas filosóficas y teológicas en orden, con admirable método, y de modo que no haya una opinión del autor que con todas las demás no concuerde y se encadene. Semejante gloria en los planes de Dios estaba reservada a santo Tomás de Aquino. Pero en cambio, como san Agustín no escribió una palabra que no tuviese relación con el estado de su alma o con el de la sociedad en que vivía, sus escritos tienen la vida de lo que se trabaja no por mero amor a la verdad, sino con el fin de defenderla contra los ataques del error y del vicio. En el edificio que los siglos cristianos han levantado a la doctrina católica, san Agustín hizo el oficio de David que allegó riquezas y materiales para el templo de Jerusalén; y santo Tomás se asemejó a Salomón que con los tesoros de su padre, y otros que él mismo supo procurarse, dio cima a la portentosa fábrica. Con razón que Bossuet llame al santo obispo de Hipona «águila de los Padres, doctor de los doctores, Agustín el incomparable, el más grande de los ingenios, en quien se encuentra la mayor inteligencia que puede tener el hombre; apóstol de la gracia, predicador de la predestinación» (1).

(1) Boussuet, *Defensa de la Tradición*.

Ninguno de los santos padres latinos se lee con el interés, con el cariño que san Agustín inspira. No tiene, es verdad, el mismo vigor que San Jerónimo; ni la sencilla y familiar exposición de san Gregorio; ni aquel vuelo con que san León sube como el águila a las regiones más encumbradas del cielo, sin ningún movimiento aparente; ni tiene la unción y mística suavidad de san Bernardo. Pero nuestro santo doctor posee, amalgamadas y en admirable proporción, las tres cosas que más hechizan en un escritor: entendimiento altísimo, corazón encendido, imaginación rica y variada. Supongamos reunidos en una misma persona la inteligencia de santo Tomás, el ardor seráfico de san Buenaventura, mucho de la penetración y bastante de las sutilezas de Escoto, y tendríamos una idea de san Agustín. Hay otra razón para que tanto enamore, y es que sus obras son la historia de su vida, reflejo de su alma, retrato fidelísimo de toda su persona. Quien tuviera estudiada la *Suma Teológica* sin saberle el autor, conocería que era escrita por un hombre de inteligencia poco menor que la de un ángel; alcanzaría a comprender la inmaculada pureza de un alma que con semejante serenidad y reposo se apodera de toda la verdad, la abarca toda de un golpe, y la divide y la analiza y la demuestra parte por parte; pero nada sabría sobre santo Tomás. ¿Fue sacerdote o laico, clérigo secular o monje? ¿A qué orden perteneció? ¿Qué afortunada tierra lo vio nacer? En vano dirigiría todas estas y otras mil preguntas al imperturbable libro, sin obtener ni la más insignificante respuesta. No así san Agustín. Si la palabra *subjetivo* no hubiera sido profanada por la filosofía alemana, diríamos que las obras de nuestro doctor tienen marcadísimo carácter subjetivo. Al leer a san Agustín, lo ve uno nacer, se lo finge compañero de escuela; se alarma uno al presenciar los primeros extravíos; llega a sentir las mortales angustias y remordimientos y vacilaciones que le roían el corazón: después

de releer ciertos capítulos de las *Confesiones*, cuando, al terminar, cierra uno el libro, se admira al ver el santo Cristo colgado ante el escritorio y el breviario a un lado; se acuerda el alma de que es cristiana, de que vive en paz, y respira como quien deja una pesada carga, o como el que despierta de importuno sueño. El que llega al capítulo en que el santo refiere la escena final de su conversión, siente vergüenza de verse tan tibio y negligente para lo bueno, y llega a concebir como deseos de haber sido hereje y perverso, sólo por sentir algo de lo que Agustín experimentó al tornar a la fe y a la virtud. Cuando el cristiano está saboreando ciertos lugares de los *Soliloquios*, en que el autor recién convertido habla con Dios, o alguno de los capítulos finales de la *Ciudad de Dios*, que tratan de la dicha del cielo, viene a creer que ama a Jesucristo con el mismo amor que el santo, y se cree capaz de los mayores sacrificios. ¡Hermosa ilusión, si no vinieran a desbaratarla las miserias cotidianas, las mil pequeñas faltas de cada día!

Hay obras de bien adquirida nombradía, cuyo mérito consiste en el conjunto: los pormenores no valen en sí nada; el modo como se combinan forma un admirable todo. Así son los mosaicos: inapreciables colecciones de piedrecillas falsas. Otras obras se parecen a las joyas adornadas de diamantes: al quitarles las piedras, éstas valen menos, pero siempre tienen subidísimo precio. Ciertos autores se immortalizan por los pensamientos; otros por las formas de que revisten sus ideas. Los primeros resisten el análisis, y no pierden mucho al ser traducidos a lenguas ajenas; los segundos, ni admiten escarpelo, ni se dejan verter a extraño idioma. Para aclarar nuestro dicho con ejemplos de escritores contemporáneos de todos conocidos, diremos que al primer grupo pertenece Víctor Hugo; y al segundo, Lamartine. Quien haya leído al autor de *La Oración por todos*, traducido—no diremos por

Bello—por Llorente, ya puede afirmar que lo conoce, sin hacerse reo de mentira, a lo menos en materia grave. El asunto del *Fuego del cielo* es siempre grande aunque se refiera a la prosa más desmayada; y aquel ¡alto! que Dios dirige a la nube errante preñada de borrascas, cuando ella pasa por sobre las ciudades nefandas, le hace dar un vuelco al corazón, por más que la narración se haga en estilo y lenguaje de notario. Lo contrario sucede con Lamartine. Aquel color gris aperlado de la poesía lamartiniana, aquellos sonidos como los de una castruera oída al anochecer en un camino solitario, no se pueden analizar en una clase de retórica: lo mismo valdría la pretensión de hacer experimentos en el aula de química con una pompa de jabón. Lamartine ha de leerse en francés o no leerse; citar estrofas sueltas de sus poesías es una crueldad para con él.

San Agustín pertenece a los autores de la primera clase: vale siempre más por el fondo que por la forma, aun en los pasajes de más atildados contornos. Las *Confesiones* leídas en francés—el idioma menos a propósito para trasladar la rotunda majestad del amplio período latino—son siempre las *Confesiones*. Hemos leído los *Soliloquios* en inglés y se nos ha olvidado en qué los estábamos leyendo. Cada pensamiento de san Agustín tiene su valor propio: por eso no hay autor eclesiástico que dé mayor copia de citas a los escritores y predicadores. Muchas frases agustinianas han pasado entre los cristianos a ser verdaderos adagios.

Alma afectuosa y amante, san Agustín ha menester el cariño, la simpatía, la sociedad de los demás. El diálogo es una de sus formas predilectas. Necesita conversar con alguien. Habla con sus feligreses a quienes dirige sus homilias; con el lector de sus libros; con Dios, en tratados íntegros; consigo mismo, si no halla otro interlocutor. Y el que lee se deja querer de san Agustín, se siente orgu-

lloso de que el santo discorra con él, y se inclina a pagar cariño con cariño.

¿Qué debe pensarse del lenguaje y estilo del santo doctor? ¿Puede considerarse como modelo de buen decir? Mucho han repelido que, tras del período clásico de toda literatura, viene otro en que el artificio suple a la naturalidad, lo ingenioso a lo noblemente sencillo: Marini reemplaza a Tasso; Góngora, a fray Luis de León. San Agustín vino cuando las letras romanas estaban en triste decadencia, y se resintió del influjo de su época. La manera de decir peca en nuestro santo de abundante; gusta él con exceso de antítesis, equívocos, juegos de palabras, que pudieran agrandar alguna vez, pero enfadan si mucho se prodigan. Cada idea ha de expresarla de dos modos distintos, y si es posible jugando del vocablo. El período no tiene la arrebatadora majestad del de Cicerón, ni la grave sobriedad que al leer a Tácito suspende el ánimo, como acontece al contemplar ciertos severos monumentos del arte romano. La dicción de san Agustín ya no es la intachable y purísima del siglo de Augusto.

Aun en el fondo de sus escritos se deja en ocasiones llevar de la imaginación, y se vuelve alambicado y sutil. Cura Nuestro Señor Jesucristo a un paralítico de treinta y ocho años de edad. Aquí ocurre a nuestro santo averiguar qué envolverá este número. El cuarenta es la cifra que indica la perfección. ¿La prueba? Que Moisés, Elías y el Salvador mismo ayunaron cuarenta días. Al estropeado del Evangelio le faltan dos años para cuarenta. Eso significa que no practicaba los dos principales preceptos de la ley cristiana: el amor a Dios y al prójimo. No decimos que esta interpretación no sea exacta teológicamente hablándo: la Iglesia trae la homilía sobre el milagro en cuestión en el Breviario Romano, y eso basta y sobra para que la miremos con respeto: pero nos parece este pasaje muy defectuoso en el punto de vista literario. En un lugar del Evangelio en que resaltan a maravilla la bondad del

Divino Maestro, los resultados de una fe sincera, el poder y sabiduría de Dios, ¿sólo hemos de poner atención al número de años del enfermo restituído a la salud?

Pero ¿quién ha de reparar en estos y otros lunares cuando tiene delante las obras de san Agustín? Un avaro a quien le muestran una vidriera llena de los más ricos diamantes de Golconda, y oye que le dicen: Todo eso es tuyo, puedes disponer de ello; ¿se pondrá a tachar la montura menos esmerada de las piedras?

Cuando un viajero se acerca a alguna famosa capital, quiere, si es posible, contemplarla primero a vista de pájaro, antes de penetrar al recinto; hacerse cargo de la situación topográfica, conocer a bulto los principales edificios, y avivar la curiosidad para tener mayor gusto en satisfacerla. Ya le hemos dado un vistazo general a las obras de san Agustín; entremos ya a conocerlas más de cerca.

R. M. CARRASQUILLA

(Continuará)

Grados

Recibió el título de doctor en jurisprudencia de nuestro claustro, en el pasado mes de mayo, don Efraim Osejo Peña, natural del departamento de Nariño, alumno muy distinguido en sus estudios, y quien mereció la colegiatura de número y el cargo de confianza de Inspector del Colegio. Su tesis, de alto interés, versó sobre los contratos administrativos.

En el mismo mes, otorgóse idéntico honor nuestro Colegio a don Juan Botero Trujillo, estudiante manizalita, quien por su simpatía y consagración al estudio, logró atraerse el cariño de profesores y condiscípulos. El punto escogido para obtener las borlas doctorales fue el Concordato.

Deseamos a estos nuevos doctores un sin número de triunfos.